



Boletín 51 RESEÑAS Y COMENTARIOS CRÍTICOS
(ISSN: 1577-2292 Depósito Legal: M. 1010-2001)

Daniel Quesada: “Reseña de “David P. Chico y Moisés Barroso (eds.): *Pluralidad de la Filosofía Analítica*, Madrid-México: Plaza y Valdés y CSIC, 2007”

Este libro contiene una gema. Es difícil encontrar algo tan iluminador para saber qué es la filosofía analítica como el artículo de Timothy Williamson, “¿Hemos superado el giro lingüístico?”.

Imaginemos que tenemos que explicar a alguien qué es la filosofía analítica. A alguien con un cierto interés, abierto a averiguar de qué se trata, pero algo escéptico al respecto, o, cuando menos, reticente. Alguien como un alumno inteligente o como un colega nuestro bien intencionado. No servirá de mucho decirle que la filosofía analítica hizo un “giro lingüístico”, que en esa etapa —digamos, a mediados del S. XX— los filósofos analíticos pensaban que “si lo que queremos es entender la naturaleza de la verdad, la causación, la bondad y la justicia, lo principal es entender el uso de las palabras ‘verdad’, ‘causa’, ‘bueno’, ‘justo’” (Searle, p. 20 del libro reseñado). Aún

menos que, “[c]on todo, era más importante la investigación del lenguaje por su propio interés filosófico que los problemas tradicionales” (id.). Nuestro interlocutor quedará perplejo (y más escéptico, o reticente).

Tampoco servirá de mucho tratar de ilustrar a nuestro interlocutor diciendo que, hacia la misma época, una de las dos tesis más distintivas de la filosofía analítica era la distinción entre “proposiciones analíticas y sintéticas” (id.) y que “el filósofo no nos da un conjunto de verdades sintéticas sobre cómo funciona el mundo, sino un conjunto de verdades que explican nuestros conceptos”, lo que “tiene como resultado verdades analíticas” (p. 21 del libro reseñado), o que “[o]tro rasgo característico del período clásico fue la convicción de que la invención de la lógica matemática por parte de Frege y otros proporcionó a la filosofía una herramienta muy poderosa para llevar a cabo sus análisis” (id.). No habremos disminuido en nada la perplejidad de nuestro interlocutor ¿Y que tal si añadimos que “[s]i tuviéramos que realizar una declaración tajante sobre la importancia

histórica de la filosofía analítica ... deberíamos tener en cuenta las siguientes hipótesis: la filosofía analítica ha cambiado de manera permanente el centro de atención al tildar a gran parte de la historia de la filosofía de obsoleta y por hacer imposible realizar filosofía en la manera en que se venía haciendo históricamente“? (p. 17) ¡A la perplejidad de nuestro bien intencionado interlocutor se añadirá la alarma!

Será completamente inútil decirle ahora que “[u]no de los aspectos más fascinantes con respecto a la filosofía analítica es cómo, a pesar del abandono generalizado de” la distinción analítico/sintético (y otra distinción que ahora no viene al caso) “y el consecuente abandono de la concepción de la filosofía como un mero análisis conceptual, ha seguido siendo una empresa ininterrumpida” (p. 22 de la obra reseñada). Es muy poco probable que nuestro interlocutor sienta ahora ninguna disposición a averiguar ahora por qué eso es “fascinante”. Si, en lugar de estar escuchando nuestras palmarias afirmaciones, estaba leyendo el artículo de Searle (“La filosofía analítica de mi tiempo: algunos comentarios”) caerá en la cuenta de que ya se había preguntado por qué tardó en reconocerse algo tan aparentemente obvio como que la filosofía analítica habría sido “una disciplina mucho más interesante” si se hubieran tratado antes “toda clase de asuntos ... que no hubieran sido aceptados como temas exactamente filosóficos hace cincuenta años” y que, por tanto, no hubieran sido admitidos “en las principales revistas de filosofía analítica” (p.

19), y, en vista de que los motivos de perplejidad se acumulan, es probable que decida que es un buen momento para cerrar el libro (“hasta aquí hemos llegado”).

Lástima que el artículo de Searle sea el primero del libro (tras el breve artículo inicial de presentación escrito por María Ponte Azcárate y los editores). Lástima que nuestro lector se haya perdido la joya. Mejor hubiera sido que hubiera pasado directamente al segundo artículo (Ernest Sosa, “Lo metafísico y lo manifiesto”). En este variado escrito, Sosa hace un recorrido panorámico por regiones características de la metafísica analítica, incluyendo algunas en las que ésta interacciona con la epistemología. Se trata de un recorrido en parte histórico y en parte sistemático, lleno de recordatorios útiles (por ejemplo, sobre la mejor respuesta a dar hoy en día a un escéptico radical) y de perspectivas interesantes (centralmente: sobre la existencia de objetos cotidianos en un mundo informado por el saber científico y la posible dependencia respecto de esquemas conceptuales), siempre acompañado de la agudeza y la frescura características del autor.

Pero aunque el lector lea el artículo de Sosa y consiguientemente esté más animado a continuar con el libro, aún le queda un buen trecho para encontrar el tesoro, y su tránsito por los artículos de Stroud (“Insatisfacciones metafísicas: modalidad y valor”, no precisamente uno de los mejores de este destacado filósofo, con un tema además que aparece ya entre los que Sosa trata en su

artículo), Liz (“El mundo físico y el mundo. Otros fisicalismos también son posibles”) y Parrini (“Realismo y antirrealismo desde el punto de vista epistemológico”) no será fácil.

Como decía, sería una lástima que el lector inquieto no llegara al artículo de Williamson. Se perdería la posibilidad de eliminar perplejidades y satisfacer inquietudes que la filosofía analítica a menudo suscita —las perplejidades e inquietudes a propósito del escrito de Searle—. Para empezar, ¿cómo puede el análisis del lenguaje, o el análisis conceptual, tener verdadera importancia filosófica? No hace mucho, Jerry Fodor, además de mostrar —con su peculiar gracejo— su envidia por los derechos de autor de filósofos continentales como Foucault, afirmaba —con su peculiar descaro— que décadas y décadas de análisis conceptual habían tenido, como mucho, éxito con el concepto expresado por el artículo determinado. Nuestro personaje perplejo se enteró allí de la existencia de graves divergencias entre los filósofos analíticos (cf. “Water’s water everywhere”, *London Review of Books*, 21-10-2004; traducción: ¿A dónde va la filosofía (analítica)?, *Sin permiso*, 8-3-2009). Una lástima si se pierde el artículo de Williamson porque encontraría en él incluso los materiales para empezar a esbozar una respuesta a Fodor (¡la venganza de los “Brits”!). Y con un poco de esfuerzo se le haría también meridianamente claro cómo la filosofía analítica, precisamente para tratar “todo tipo de asuntos” (que probablemente no serán ni conceptuales ni lingüísticos), utiliza de una

manera, sí, fascinante, el análisis del lenguaje o el análisis conceptual, y también, cuando es necesario, los avances de la lógica desde Frege. ¿Cómo consigue todo esto Williamson? Bueno, no voy a estropear una buena historia. Nuestro personaje perplejo tendrá que leer el artículo. Debo advertirle que tendrá que hacer un esfuerzo y que el ejemplo del cual se sirve Williamson (la vaguedad) no es el más atractivo del mundo (si bien, como ejemplo, da un juego extraordinario en sus expertas manos). Si el lector es alguien que ya conoce bien la filosofía analítica y la práctica, pero que está buscando el modo de satisfacer al personaje inquieto, encontrará aquí las herramientas necesarias, aunque ojalá pueda dar con el modo de cambiar el ejemplo en cuestión, algo que, desde luego, no es nada fácil (¡el mismo ejemplo tiene que servir para ilustrar muchas cosas distintas!).

En lo que Searle sí acierta plenamente es en situar el momento en el que la filosofía analítica se lanzó abiertamente a tratar “todo tipo de asuntos”: fue en 1971 cuando Rawls publicó *A Theory of Justice*. Como dice Searle: “[l]a efectividad de Rawls no tuvo nada que ver con un supuesto análisis frontal a la distinción [analítico/sintético] en sí, sino en que actuara como si la misma no existiera” (p. 25; por cierto, éste es un buen momento para decir que, si bien el artículo de Searle es completamente inútil para despejar las inquietudes del personaje aludido, una vez armados del saber que el trabajo sobre el de Williamson nos habrá proporcionado,

podremos hasta encontrar en el de Searle alguna que otra sabrosa guinda). Y que la filosofía analítica trata de todo tipo de asuntos resulta bien palmario contemplando la mayoría de los artículos recogidos en el libro. Además de los ya citados, éste contiene: un mapa (útil) de la situación actual en la filosofía de la mente (Antoni Gomila, “Los laberintos de la filosofía de la mente: un mapa de la situación”); una discusión de una posición particular dentro de ella (Juan José Acero, “La creencia y el Materialismo Eliminator”); a propósito, si el lector se conforma con una ilustración de cómo se hace filosofía analítica, sin buscar una respuesta a más hondas perplejidades, éste artículo —expuesto con la claridad acostumbrada en su autor— es el que recomendaría); dos artículos más de filosofía de la mente, uno de ellos panorámico (Tim Crane, “El problema de la percepción en la filosofía analítica”: una discusión —razonable— de las opciones rivales en filosofía de la percepción) y otro sobre un tema específico importante (Pascal Engel, “La verdad y el objetivo de la creencia”: un —excelente— artículo de investigación); el esbozo de una posición “contestataria” general dentro de la filosofía analítica (Lorenzo Peña, “El cumulativismo”); por cierto, en el artículo de Williamson se encontrarán razones para dudar del diagnóstico de Peña —la filosofía analítica está en crisis— y de su solución a la presunta enfermedad —una lógica paraconsistente—. Sólo un artículo en todo el libro trata de la cuestión del significado (Pierre Jacob,

“Significado, normatividad y comunidad”: un más que apreciable trabajo sobre la relación entre los tres temas de su título).

En resumen: un volumen variado. La traducción de los artículos es algo desigual, con algunos fallos remediabiles, es decir, que no impiden la comprensión (lo cual es mucho). Eso sí, con la presencia de anglicismos perfectamente evitables (entre otros: “asunciones” en lugar de “supuestos”, “capturar” en lugar de “captar”, “fiscalismo” en lugar de “fiscismo”, “tópico” en lugar de “tema”). Hubiera sido mejor que se hubiera informado del origen de publicación de los artículos. La selección es mejorable, pero no es una mala selección. Y, junto con muchas cosas útiles, contiene una gema. Una rara y hermosa gema.

Carlos Ortiz de Landázuri: “Reseña de Hartry Field: *Saving Truth From Paradox*, Oxford University, Oxford, 2008, 406 págs.”

Salvando a la verdad de la paradoja analiza la situación actual del problema clásico de las *paradojas lógicas* con posterioridad al llamado *giro semiótico* de la filosofía analítica. De hecho el problema de las paradojas se acabó convirtiendo en el problema crucial que hizo naufragar un gran número de proyectos programáticos analíticos, dada su incapacidad para justificar simultáneamente su efectiva *consistencia, incompletitud, decidibilidad*, como acabaría demostrando el Teorema de Gödel. Sin

embargo Hartry Field opina que el giro semiótico de la filosofía analítica también propició la justificación de unas *lógicas alternativas*, ya sean *intuicionistas* o *no clásicas*, que han ampliado considerablemente los ámbitos lógicamente formalizables de los sistemas axiomáticos. Además, este giro también trajo consigo la aparición de *nuevas paradojas* respecto de la vaguedad, la validez, o la propia incompletitud de los propios sistemas lógicos y matemáticos, aunque con una diferencia respecto de la situación heredada anterior: ahora las nuevas *lógicas intuicionistas* y *no-clásicas* también disponen de procedimientos de *contra-argumentación* más sofisticados capaces de contrarrestar y anular la aparición de estas nuevas paradojas. A este respecto las estrategias utilizadas actualmente para abordar el problema de las *paradojas lógicas* han sido dos:

a) La teoría *intuicionista* de la prueba matemática de Michael Dummett. Este autor trató de localizar un *núcleo fuerte lógico* que pudiera seguir sirviendo de fundamento para el resto de las especialidades de la lógica y de las matemáticas. Se restringió al máximo el valor de la *lógica clásica*, rechazando la validez de tres principios anteriormente considerados básicos: el principio de *tercio excluso*, los diversos tipos de *infinito actual*, del uso generalizado del *condicional* material. Además, se reconoció como las anteriores propiedades atribuidas a un sistema lógico formal, como eran la *consistencia*, la *incompletitud*, la *decidibilidad*, ya no se podían justificar,

teniendo que ser sustituidas por otras similares de rango inferior, como eran la *para-consistencia*, la *para-completitud* y la *para-intersustitutividad*, siempre y cuando a su vez añadieran su correspondientes estrategias de *contra-argumentación* para poder justificarse en el caso de ver cuestionada su validez.

b) La respuesta *bi-alética* o *bi-apofántica* de la lógica de las paradojas de Priest, que a su vez mantuvo una diferencia respecto de las otras *lógicas intuicionistas*, a saber: por una lado, Priest admitió la posibilidad de una *doble solución plausible* a un mismo problema en el marco de un mismo sistema lógico o matemático, admitiendo incluso la posible existencia de *contradicciones* y *paradojas* entre ellas, siempre que también se dispusiera de una estrategia proporcionada de *contra-argumentación* capaz de contrarrestarla en el caso de cuestionarse su validez; pero además las *lógicas no-clásicas* también exigieron un lugar *yuxtapuesto* o *superpuesto* respecto de la *lógica clásica*, formando un todo unitario al mismo nivel.

En cualquier caso Hartry Field opina que las *lógicas intuicionistas* y *no-clásicas* dieron lugar a un *profundo cambio* en el proceso de fundamentación respectivo. En efecto, no se puede modificar un concepto básico, como es la propia noción de *verdad*, sin alterar profundamente el propio proceso de fundamentación, ya se justifique en virtud de una estricta aplicación de un principio de *bivalencia*, como pretende la *lógica intuicionista* de Dummett, o se pretenda ampliar su uso

dando entrada a la plausibilidad de una verdad *bi-alética* o *bi-apofántica*, como ahora pretende la *lógica de las paradojas* de Priest. Hartry Field se muestra claramente favorable a la postura *intuicionista*, a pesar de la cirugía tan invasiva que utiliza, ya que, en su opinión, la solución *bi-alética* o *bi-apofántica* de Priest requiere de procedimientos de justificación complementarios excesivamente complejos.

Para llegar a estas conclusiones la monografía se compone de veintisiete capítulos agrupados a su vez en cinco partes: 1) *Un fundamento selectivo* analiza las teorías acerca de la verdad en Tarski, Kripke, Kleene, con la aparición de una doble paradoja: la del *condicional material* en Curry y Lukasiewicz y la de la *vaguedad* en König y Berry; 2) *Las aproximaciones clásicas en sentido amplio* analiza distintas estrategias de superación usadas para evitar la entrada de las lógicas *multivaluables* no-clásicas y sus subsiguientes paradojas de las lógicas *supervaluacionistas* y *multivaluacionistas*, según admitieran sólo dos valores de verdad (verdadero o falso) u otros más (como semiverdadero o semifalso, según los casos); 3) *Para-completitud* trata de resolver las anteriores paradojas siguiendo preferentemente el procedimiento *intuicionista* de Dummett, a través de tres pasos: rechazar el principio de tercer excluido, revisar las reglas del condicional material a través de la determinación de ciertos puntos fijos, introducir una semántica modal capaz de separar lo legal respecto de lo no legal; 4) *Más respecto de una solución para-completa*

comprueba la aparición de nuevas paradojas en el marco de las lógicas *intuicionistas*, como recientemente han señalado Wright y Restall. De todos modos ahora las lógicas *intuicionistas* evitan estas paradojas mediante estrategias *transfinitas* de formalización, demostrando así su capacidad de evitar el ahora llamado *problema de la venganza* o de la *retorsión* del respectivo valor de verdad, en el caso de que puedan ser objeto de una *contraargumentación*; 5) *Paraconsistencia bi-alética o bi-apofántica*, analiza la estrategia *no-clásica* y *no-intuicionistas* de la *lógica de las paradojas* de Priest, pudiendo llegar a admitir dos interpretaciones fuertemente inconsistentes entre sí o ambas simultáneamente plausibles, siempre que cumplan una condición: que sean capaces de dar una respuesta adecuada al *problema de la venganza* (“revenge”) o de la *retorsión de los dilemas*. Se justifica así la *para-completitud*, la *para-consistencia* y la *para-intersustitutividad* del sistema formal presuntamente paradójico, siempre que a su vez se pueda garantizar la *no-redundancia*, la *recursividad* y la *conmensuración recíproca* de la correspondiente estrategia de *contraargumentación* a favor de una retorsión de su respectivo valor de verdad.

Para concluir una reflexión crítica. Field es claramente partidario de una solución de tipo *intuicionista* al problema de las paradojas, aunque reconoce las posibles ventajas que se podrían derivar de una solución *bi-alética* o *bi-apofántica*, dada la cirugía tan invasiva fomentada por la estrategia contraria. Y a este

respecto cabría plantearse: ¿No habría que prolongar los planteamientos *intuicionistas* de Dummett, al modo propuesto por Christopher Peacocke (cf. *Truly Understood*, Oxford University, Oxford, 2008), a fin de permitir una complementariedad entre las *lógicas clásicas*, las *intuicionistas* y las *no-clásicas*, sin establecer una incompatibilidad entre ellas? ¿No sería posible un análisis de la *no-redundancia*, la *recursividad* y la recíproca *conmensuración* de la lógica de las paradojas de Priest, a fin de que ella misma pudiera garantizar la idoneidad de los procedimientos de *contra-argumentación* o retorsión de los dilemas utilizados en cada caso? ¿No se debería reconocer que el profundo cambio experimentado en el modo de abordar el problema de las *paradojas lógicas* debería obligar a ensayar nuevas estrategias de fundamentación más allá de las ahora contempladas, sin reducirse a la *intuicionista* y a las *no-clásicas*?

Carlos Ortiz de Landázuri: “Reseña de Hans-Johan Glock: *What is Analytic Philosophy?*, Cambridge University, Cambridge, 2008, 292 págs.”

La filosofía analítica tan interesada por los problemas del lenguaje ha sido tradicionalmente reacia a preocuparse por los problemas históricos, incluido la reconstrucción de su propio pasado, a pesar de las grandes discrepancias existentes respecto al modo de entender sus orígenes. Basta con

recordar los métodos y estilos de pensar tan distintos defendidos por autores tan programáticamente analíticos como Russell, Wittgenstein, Quine o Popper. A este respecto, *¿Qué es la filosofía analítica?*, pretende subsanar esta laguna ancestral abordando específicamente dos problemas fundacionales que habitualmente rodean a la precisa delimitación de esta tradición de pensamiento, a saber: a) la *génesis histórica* de una tradición que ya Dummett retrotrajo a Frege, pero que durante estos últimos cien años ha desbordado todas las más optimistas previsiones de crecimiento, habiéndose implantado con una hegemonía indiscutida en el pensamiento occidental, a ambos lados del canal. Por otro lado, b) sus *señas de identidad*, como son el peculiar *método* y *estilo* de pensar, que le ha permitido elaborar una original filosofía de la experiencia, del lenguaje, de la lógica y de las matemáticas, pero que a su vez también ha dado lugar a *numerosos “giros”*, cambios o transformaciones en el modo de legitimarse. Estos cambios provocaron a su vez la aparición de una paradoja, que terminó desdibujando su diferenciación respecto de otras tradiciones antagónicas. En efecto, las sucesivas crisis del pensamiento analítico se terminaron resolviendo tomando prestado algún elemento epistémico de tipo transcendental de las así llamadas filosofías continentales, dando lugar a un *movimiento de convergencia* y a un *solapamiento*, que a su vez obligaba a cuestionar los criterios demarcación tan

drástica que hasta entonces se habían establecidos entre ellas.

A este respecto el alemán Hans-Jonas Glock, buen conocedor de ambas tradiciones, otorga a la caracterización de las *señas de identidad* del análisis filosófico un lugar prioritario respecto al problema histórico del origen de esta tradición de pensamiento, aunque sólo sea para delimitar el concepto desde un punto de vista nominal o lingüístico. En su opinión, la definición semántica del término “analítico” se retrotrae necesariamente a las propuestas de Aristóteles quién trató de definir el concepto de “*análisis*” a partir de determinados presupuestos preliminares de carácter pre-teórico que a su vez estarían sobreentendidos en el uso técnico del término en cuanto tal, de un modo similar a como posteriormente sucedería en la filosofía del lenguaje ordinario. Sin embargo ya Quine hizo notar la necesidad de tener en cuenta los múltiples *casos límite* o *excepciones*, donde el término “analítico” aparece aplicado simultáneamente a tradiciones de pensamiento en ocasiones antagónicas o a la caracterización de un tipo de resolución de problemas en sí mismo ambivalentes, cuya identificación depende de la previa definición de este concepto, o de las consecuencias que se derivan de su uso compartido. La complejidad existente en el uso del término “analítico” permite explicar las numerosas polémicas surgidas sobre la conveniencia o no de aceptar la *autoexclusión* de un filósofo a esta corriente de pensamiento, como en el caso de Popper.

También de la necesidad de revisar las posibles *autoadscripciones* interesadas por parte de los propios afectados, como sucede con Derrida, cuando tampoco hay un acuerdo generalizado de sus propios críticos al respecto. En cualquier caso ahora se comprueba la imposibilidad de definir este concepto de “análisis” sin integrarlo en las distintas corrientes de pensamiento que han reivindicado su adscripción a esta tradición.

En cualquier caso para delimitar el uso de este concepto ahora se dan nueve pasos: 1) *Introducción*, donde se explica la complejidad del problema; 2) *Exposición histórica*, que explica la doble génesis anglosajona y alemana de esta tradición, dando especial relevancia a la irrupción del giro lingüístico, al colapso del positivismo lógico y a la ulterior rehabilitación de la metafísica, ya sea en nombre de la filosofía del lenguaje o de la mente; 3) *Geografía y lenguaje*, que justifica la contraposición entre filosofía analítica y continental en virtud del distinto contexto cultural donde se originó el empirismo británico y el romanticismo alemán, así como en virtud de la peculiar génesis anglo-austriaca de la filosofía analítica del lenguaje, a partir de Frege, Russell y Wittgenstein. En cualquier caso, la contraposición que hoy día se establece entre *analíticos* y *continentales* se ha vuelto un tópico carente de sentido, salvo que se refiera a épocas muy recientes de sus respectivas tradiciones; 4) *Historia e historiografía*, que debate el pretendido carácter *ahistórico* del estilo de pensamiento analítico frente a la

fuerte conciencia de su *historicidad* que suele tener la llamada filosofía continental, cuando de hecho tanto el desprecio de la historia como el *historicismo* son dos actitudes claramente superadas por ambas tradiciones, pudiendo afirmar que el método analítico ha supuesto un reforzamiento de las técnicas heurísticas usadas por la hermenéutica; 5) *Doctrinas y tópicos*, que rechaza el pretendido carácter *antimetafísico* del análisis, por ejemplo en Dummett, o el impacto que a este respecto ejerció el giro semiótico, así como el progresivo distanciamiento del análisis respecto de la filosofía de la ciencia, a pesar de que muchos de estos tópicos se sigan manteniendo; 6) *Método y estilo*, que comprueba la imposibilidad de dar una definición unívoca del análisis, salvo que se quiera excluir de esta tradición a muchos de sus más legítimos representantes. Por eso se interpreta como una noción análoga que admite una diversidad de usos y de estilos, especialmente si se conciben a la luz de un principio de caridad; 7) *Ética y política*, que rechaza que la filosofía analítica sea *apolítica* y *conservadora*, sino que también adopta posturas claramente comprometidas en el ámbito moral y en el desarrollo de las libertades, incluso con más altura de miras que sus hipotéticas rivales; 8) *Conceptos polémicos, aires de familia y tradición*, que rechaza que la filosofía analítica sea considerada como un todo unívoco, cuando de hecho hay una gran pluralidad de corrientes y de estilos; 9) *Presente y futuro*, que vuelve a la contraposición entre filosofía analítica y

continental, haciendo notar las diferencias que subsisten aún en sus respectivos estilos de pensar, aunque cada vez son más conscientes de sus coincidencias.

Para concluir, una reflexión crítica. Glock reconstruye los procesos de *convergencia* que a lo largo de la historia de la filosofía analítica se han dado dentro de sus respectivas corrientes de pensamiento, tanto respecto de sí mismas, como respecto de la filosofía continental, con la que con frecuencia comparten los mismos métodos. A este respecto su reconstrucción del movimiento analítico se contrapone a la propuesta por Michael Dummett en *Los orígenes de la filosofía analítica*, que precisamente resalta las profundas *divergencias* que hubo entre los *analíticos* a la hora de interpretar el núcleo central de su propio método, sin que a todos se les pueda atribuir el mismo grado de coherencia y de legitimidad. De igual modo esta reconstrucción se contrapone a la de J. L. Cohen en *Los diálogos de la razón. Un análisis de la filosofía analítica*, dedicada a poner de manifiesto los diversos usos que la filosofía continental hizo de estos mismos métodos, problema que Glock prácticamente deja de lado ahora. Y a este respecto cabría cuestionarse: ¿se puede decir que la filosofía analítica y la continental compartieron con frecuencia el uso de unos *mismos métodos analíticos*, cuando el llamado análisis existencial, fenomenológico, hermenéutico o genealógico, además de partir de presupuestos opuestos, tampoco comparte principios ni conclusiones? ¿No hubiera sido

posible localizar un *núcleo común* a las diversas corrientes analíticas, sin presuponer ya de antemano que cualquier definición del mismo va a ser excluyente, cuando posiblemente lo más excluyente puede ser tratar indistintamente por igual a lo que no lo es? Finalmente, en contra de Michael Dummett se pretende que el desarrollo del método analítico con posterioridad al giro semiótico ha demostrado su compatibilidad con el desarrollo de determinadas *metafísica*. Pero cabe preguntarse: ¿no haría eso aún más necesaria la reubicación del núcleo central en otro sitio más abierto a la transcendencia, sin seguir considerando toda posible respuesta como igualmente excluyente? En cualquier caso son interrogantes que demuestran el interés de una polémica que afecta de un modo muy decisivo a una de las tradiciones de pensamiento hoy día más hegemónica.